
PENSAMIENTOS

El amor, conserva el fuego vivo, la llama que chisporretea y tiende a la altura. Cuando ese amor quede solo en brasa que quema un momento, no olvides que pronto se hará ceniza y, a seguido, polvo frío.

* * *

Los caminos tienen ansias de horizontes, y de tanto anhelarlos, en ellos se pierden.

* * *

Las flores también celebran en sí mismas la gran fiesta de sus nupcias.

* * *

La ribera no conserva del agua que pasa más que un poco de cariocosa humedad; pero no es poco, porque gracias a ella se adorna con alevies amarillos y blancos como homenaje constante del paso de su amor que se va y queda en todos y cada uno de los instantes. Lo que corre y se aleja es el agua, pero el amante río queda aprisionado en el amor de la ribera.

* * *

No te fies mucho de los hombres que se ufanan de hablar claro. Las charcas reflejan en su superficie y brillan con la luz del día, pero en el fondo de ellas suele haber mucho cieno.

* * *

El agua de arroyuelo o río, caminando, copia en sus linfas inagotables paisajes.

* * *

En la vida, sé voz y no eco; éste se produce en el vacío que hacen las cumbres,

* * *

Aspira a Dios que es tu máximo infinito. Y si El responde a tu llamada protegiéndote, es que hace la grandeza de descender por amor a tu insignificancia.

Edmundo COSTILLO MARIN

Notable hallazgo sobre TIRSO DE MOLINA en TRUJILLO

Por Teodoro FERNANDEZ



IMIDAMENTE salió la noticia de un interesante hallazgo, inédito y autógrafo, de Tirso de Molina.

Pensé que mi opinión no tiene autoridad para hacer tan sensacional información. Y ante el peligro de patinar, lo manifesté con miedo.

No obstante, seguí intrigado porque las características de un ligero y preliminar exámen presentaban fundadas esperanzas de que se trataba de un autógrafo, desconocido, de Fr. Gabriel Tellez, Comendador de la Merced, durante un trienio, en la ciudad y distrito trujillanos.

La caligrafía y estilo, el castellano correcto y fluido, alternando la prosa con el verso, confirmaban estar a tono con la primera mitad del siglo XVII. Exactamente cuando Fr. Gabriel Tellez era prior en el convento de Trujillo.

Con ilusionada esperanza llevé a Madrid los cuadernos manuscritos, encontrados en Trujillo, para mostrárselos al eminente especialista y apasionado investigador, Rvdo. P. Penedo, también mercedario.

Visiblemente jubiloso, tomó en sus manos los escritos, los examinó con detenimiento y cariño, buscó otros del mismo autor y realizó una paciente compulsión de todos los rasgos caligráficos. Leyó párrafos enteros y descubrió giros y alusiones exclusivas de Tirso.

Después de algunas horas de minucioso análisis y detenido estudio, la indiscutible autoridad del insigne P. Penedo, me aseveró,

emocionado, que, efectivamente, se trata de algo desconocido y auténtico de Tirso de Molina.

Y con el dominio que el gran investigador tiene de todo lo salido de la pluma de su hermano en religión, me dijo, opinando, que estos cuadernos deben ser fragmentos de las «Doce novelas» que el propio Tirso confiesa en el prólogo de sus Cigarrales, «han de seguir mis buenas o malas fortunas».

Señala una docena y sólo conocemos aproximadamente la mitad. Hasta el presente nada se sabe de la suerte corrida por los restantes Cigarrales.

Tan hondo es el parentesco que se descubre en el examen interno de frases, estilo y escenas de estos manuscritos con las del genial poeta, que parece imposible negarles idéntica paternidad.

Para conocimiento y crítica de los eruditos inserto algunos párrafos, en prosa y verso. Mientras a unos sirve de satisfacción curiosa, brindará interés crítico y literario a otros.

No pretendo sentar cátedra. Sólo cooperar pidiendo ayuda luminosa a los peritos y maestros del arte.

Del cuaderno primero copio esta nuestra singular, verdadero aperitivo para los entendidos. Respeto íntegramente la ortografía manuscrita.

«Libiana fuera, prosiguió la dama, mi risa, si naciera como pensó D. Rg^o, de agrado mío, fue casual y a otro muy diferente propósito; mas los amantes todo lo interpretan en su favor cuando no son muy cuerdos, y en la confianza deste papel conoceréis que su dueño no era muy entendido, rico sí, y que hacía en esto grandes ventajas a don Rodrigo, que era entonces Cavallero muy pobre, más tan cortés como os dirá este papel:

Ardo amando, y ocultar
tan crecido ardor, no puedo
quando el respecto del miedo
no se atreven a explicar
en este turbado mar
no acierto qual norte siga,
por una parte me obliga
a callar el temor feo,
por otra parte el deseo
me persuade a que lo diga.

Tal vez la vista consiento
a vuestras luces, sol mío,
tal un suspiro os embió
entre las alas del viento,
mas deste mudo lamento
que del alma embajador
va a probar vuestro rigor
vista y suspiro atrevido
condeno y arrepentido
enmudece y ciega amor.

Pero ya sin esperar
remedio, y aun sin vivir
mi muerte os quiero decir,
mi amor os quiero callar,
y no os pretendo obligar,
que quien por veros murió
en la vida que perdió
salvó su felicidad,
y así, señora, piedad
os pido, que premio, no.

Que la sintáis vos lo quiere
mi pena para su alivio,
que un sentimiento, aunque tivio
se le déis a quien se muere,
más ni estas honras espere
mi muerte, que aunque miréis
la herida, no la creeréis
porque dudáis, ¡o rigor!
los efectos del amor
como no lo conocéis».

En el segundo fragmento seleccionamos unas líneas porque se muestra finamente el ingenio y conocido estilo de Tirso.

«... vueltas las espaldas sin verse los rostros en la puerta desta sala, se puso don Julio con dos cajas. La una contenía los nombres de los convidados. y la otra los números de las mesas, y, sorteando, cada uno se sentava en la mesa que avía cavido, y debajo de la servilleta tenía un papelico con una copla. Cúpole a D^a Victoria la mesa tercera y halló esta copla:

De no hallar en mis amores
el número de mi mesa
sabe Dios cuánto me pesa.

Leandro sucedió en la mesa doce y leyó este verso:

Quéstanme artos desvelos
zelos bastardos, malnacidos zelos.

Doña Violante tuvo por suerte la mesa nueve y esta copla:

No soy carne ni pescado,
y aunque mi razón es corta,
sé muy bien lo que me importa.

Don Antonio sucedió en la mesa siete y halló estos versos:

Mi gusto aprendió en Toscana,
pues halló el arte de amar
en el tanto variar.

Don Lope fue a la mesa quarta, y le dió estos dos versos bien a propósito:

Peor que el diablo soy si me resuelvo,
pues a puerta cerrada aun no me vuelvo.

A Doña Clara se le señaló la mesa sexta y la copla siguiente:

Cúpome el número sexto,
mas yo he sido tan fiel,
que jamás me acusé de él.

A Don Rodrigo fue fatal la mesa primera y este tercetillo:

Puesto que no hay más que ver
en lo que llegó a mirar
aun hay más que desear.

D^a. Francisca ocupó la mesa octava y caíola en suerte esta copla:

Para la flecha de amor
aunque aguda y penetrante
tengo el pecho de diamante.

Hermosilla entró en docena y en la mesa catorce y tuvo también esta copla:

Aunque en orden a limpieza
todos dirán en mi abono,
mejor cielo que xabono.

D^a. Margarita tuvo la más a propósito, que fue la segunda, la más cerca de la de D. Rodrigo, y no le vino mal esta copla:

No lloréis, ojos hermosos, no lloréis,
podrá ser que os engañáis.

No se olvidaron las suertes de D. Francisco. Dieronle la mesa quinta y estos versos:

Sin pundonor, sin melindre
sin desdenes, vengo a ser
don calla a más no poder».

Cotejando este último párrafo con el segundo de los Cigarrales conocidos y publicados, queda bien patente su hondo parentesco de consanguinidad estilística e ingeniosa. No cabe duda que tienen idéntica paternidad.

Pedimos ardientemente que Dios nos depare la ansiada sorpresa de hallar lo que aún permanece ignorado y oculto del inmortal Genio Tirso de Molina.

